

SERGIO FARAUDO

Praga Paris

De ideales
y amores



SERGIO FARAUDO

Praga París

De ideales
y amores

I

GÉNESIS DE LO ESENCIAL

Caminaba sin rumbo. La pena le cerraba el pecho y se volvía intolerable. Había experimentado ese sentimiento antes. Y cada vez que se hacía presente, la intensidad crecía de manera exponencial. Hacía frío, las manos encogidas en los bolsillos del abrigo buscaban el calor que el clima y su presente le negaban. Ni siquiera la belleza del blanco de la nieve sobre las calles parisinas amedrentaba el duro frío. Su cabeza le traía una y otra vez la voz grave de su hermano confirmándole la muerte de su padre. Y él, a doce mil kilómetros, impávido, sin reflejos y sin posibilidad alguna de cambiar la historia. Los recuerdos se abalanzaban sobre él con la rapidez de sus pasos sobre el gélido camino, lo inundaban de imágenes de tantos años compartidos y disfrutados con su querido viejo.

No era este el fin de historia que se había imaginado respecto de su padre. Y esta anticipación lo sumergía, más aún, en una conocida y punsante pena. Otra brasa

más que quemaba su existencia; nada de lo que le dio seguridad en su infancia podía ahora cobijarlo, nada le daba respuestas, y esta muerte aumentaba más aún, si es que eso era posible, la tan insoportable levedad de su propio ser. Vivido ahora en primera persona, sin eufemismos, desnudando no solo la liviandad de la existencia, sino su propia inconsistencia, y hasta su sinrazón tan evidente.

Desandaba la *rue* Napoléon dándole la espalda al incombustible Les Deux Magots, cuando un lacerante sonido lo dejó sordo. Aturdido y casi balbuceante intentó un pedido de ayuda a una pareja que frente a él parecía totalmente ajena a lo que estaba experimentando. Les hablaba, los aferraba con sus manos, pero su voz no era más que un débil hilo inaudible y su cuerpo, prácticamente invisible. ¿Lo había soñado? ¿Estaba en su mente? O realmente había ocurrido: vidrios rotos, mamposterías esparcidas, gritos por doquier, sirenas, humo, ¿y todo eso solo en su mente?

Los primeros rayos del sol hacían aún más luminosa la cúpula de Les Invalides y penetraban en sus ojos recién entreabiertos.

Un *sans domicile fixe*, un linyera, le tendió su botella casi vacía, y eso lo reanimó para levantarse e intentar un rápido escape de esa situación a la que no encontraba explicación: varios minutos separaban aquella *rue* Napoléon de esta explanada de Les Invalides. ¿Cómo había hecho ese recorrido?

Mientras camina Giovanni recuerda otro momento parecido, casi semejante. Era otoño y estaba en Praga. Aquel viaje fue una tremenda casualidad y culminó en un momento que lo marcó a fondo. La historia comenzó en un bar perdido en las entrañas de Montmartre, donde Giovanni conoció a Eva.

Intimaron casi sin darse cuenta, y con la brisa de la mañana despertaron en aquella bohardilla que luego fue tan habitual como las miradas que se prodigaban, que no resistían ningún envase y necesitaban trasladarse a cada centímetro de sus pieles deseosas de encuentros.

Fue Eva el vehículo a Praga. La estudiante de Sociología, junto con tres compañeros de estudios Benjamín inglés, Donato y Beatrice, habían conseguido un salvoconducto para acceder al otro lado de la inestable Cortina de Hierro checa para realizar una serie de reportajes sobre cómo estaban viviendo ese momento los estudiantes en Praga.

Con la misma premura que pasó del bar a la bohardilla de Eva, Giovanni pasaba de la Gare de Lyon en el corazón parisino a esa torre de Babel que se retorció de ansias de libertad y democracia: la Estación Central de Praga. Cada rostro era una historia viva para recorrer y desandar. El ruido era ensordecedor: los gritos de las manifestaciones espontáneas se mezclaban con sirenas de patrulleros y ambulancias. Gracias al checo básico que hablaba Beatrice, lograron llegar a la Facultad de Humanidades, centro de operaciones de la rama uni-

versitaria del *Občanské Fórum*, el movimiento que reunía a estudiantes y sindicalistas que propugnaban por el llamado a elecciones democráticas y la liberación de Havel, escritor ícono de la resistencia contra el régimen comunista. Parecía una fragua de ideales llevados a la acción, un manifiesto ejemplo de búsqueda colectiva del respeto por los derechos individuales y la justicia social. El *Občanské Fórum*, proscripto por el gobierno, pero cuidadosamente tratado por su trascendencia mediática en el exterior del país, estaba en su máxima expresión: organizado, articulado en células temáticas que sostenían una acción precisa, contundente, con objetivos muy claros y, sobre todo, esa energía que unía a todos sus integrantes en una visión compartida: un pueblo en busca de su identidad democrática, libre y socialmente responsable.

De nuevo esa inmediatez, esa secuencia de segundos que transmutaban el momento de Giovanni y que lo encontraban ahora en medio de una marea humana vitoreando a Havel en plena Plaza de Wenceslao, con los tanques oficialistas a los costados de las bocacalles esperando una orden para reprimir. El pecho se le hinchaba de adrenalina y se sentía uno más con un grito propio y común. Finalmente, el delirio ganó la plaza: Havel, liberado, aparecía en una de las ventanas del Museo Nacional. La victoria a pedir de boca. La emoción lo desbordó y besó profunda y suavemente a Eva. En sus ojos encontraba un sentido final a ese momento único. Y fue en ese instante cuando una explosión lo dejó sin aliento,

y veía en cámara lenta cómo su cuerpo se separaba del de Eva y todo comenzaba a transcurrir con desgarradora lentitud. Su grito se congelaba en la atmósfera, los rostros se hacían difusos, la plaza era una triste versión del *Guernica*.



Giovanni despertó conmovido. El ambiente olía a pan recién horneado, un aroma familiar que lo llevaba sin escalas a esos desayunos caseros en la casa de su abuela. Pero ¿qué hacía a kilómetros de Praga, en una acogedora pero desconocida casa en las afueras de Brno? Ningún indicio, solo incógnitas. ¿Y Donato, Beatrice, Benjamin? ¿Y Eva? De nuevo esa pena desgarradora, esa soledad tan próxima y aguda. Cerró los ojos, le pesaban, y dormir era un bálsamo frente a la incongruencia liviana de la realidad.



“¿Quién puede abarcar el mundo en sus manos? ¿Quién puede abarcar el mundo en su mente?”. Preguntas del profesor de Filosofía que a Giovanni lo dejaban perplejo. “No. ¡No respondan impulsivamente! Dejen fluir la pregunta, dejen que la suma de incógnitas resbale por su ser. Jueguen con ellas y solo después, tras ese recorrido de silencios, busquen en su interior la respuesta que su

esencia les ofrece”. Por momentos se tornaba insoporable, siempre buscando llevar a sus alumnos al *summun* de sus posibilidades de reflexión. “¡Pero si solo tengo diecisiete años!”, pensaba Giovanni. “¡No jodas, profe! ¡Hacela fácil!”. Imposible, Oscar era así. Infranqueable en sus principios y en sus objetivos. Su misión en la vida era hacer pensar a la gente. ¡Y mucho más a sus alumnos! Sobre todo si eran unos jóvenes necesitados de conciencia social e introspección positiva.

Giovanni recordaba su primer encuentro con el profe Oscar. Sin tapujos, en los primeros tres minutos le contó cuáles habían sido sus tres objetivos en la vida: aprehender la filosofía, hacerse uno con la historia del arte y social de Italia, y enamorar profundamente a una mujer. ¿Y para qué? Porque una vez alcanzados esos tres objetivos –algo que le constaba que con no más de cuarenta años había logrado–, entonces, todo lo demás por vivir se transformaba en un largo tiempo suplementario, solo por el placer de vivir. ¡*Chapeau*, Oscar!

¿Y cuáles eran los tres objetivos de Giovanni? Al menos había decidido encontrarlos... lograrlos era otra historia. Sin embargo, lo seducía esa idea de una vida consecutiva a la otra; la primera, con sus metas precisas, y la de después, la verdadera, solo por el placer de jugar el juego de la vida.

Las clases de Filosofía eran apasionantes. Una mañana, Oscar llegó y se encontró con ese grupo –por definición revoltoso y poco interesado en todo lo que deman-

dara esfuerzo— más inmanejable de lo habitual. Corrían los setenta y, proceso militar y colegio religioso mediante, hacer pensar era sospechoso y peligroso. Pero Oscar jugaba inteligentemente con esos límites... Se sentó sobre su escritorio y se quedó en silencio hasta que, media hora después, los alumnos, absortos ante la ausencia de los acostumbrados gritos y reproches que proferían habitualmente los profesores, fueron ocupando sus lugares y, casi con oculta culpa, el silencio ganó el aula. En esa intemperie de palabras, Oscar comenzó a desandar un relato fascinante: “Fue después de la Segunda Guerra Mundial. Un coronel japonés, desesperado por tanto horror cometido y sufrido, comienza su derrotero hacia el templo más alto que existe en la isla. Al caminar, tropieza todo el tiempo con cadáveres, producto de los terribles enfrentamientos ocurridos. Al llegar al templo, lo recibe el monje a cargo. El coronel le cuenta de su deseo de quedarse a vivir en oración en ese templo. Pero el monje le responde que eso solo es posible si vuelve al punto de inicio del sendero y lo recorre otra vez enterrando cada muerto que encuentra en su camino. El coronel, deseoso de poder integrar la vida del monasterio, y aún más entusiasmado por lograrlo, vuelve al punto inicial y a cada cuerpo que encuentre le da debida sepultura. Con las manos en llagas, luego de semanas de esfuerzo, golpea las grandes puertas del destino que había decidido como propio. El mismo monje lo recibe, cura sus heridas, le da una taza de té y honra el esfuerzo realizado. Pero no

es suficiente. El coronel se había interesado únicamente por aquellos cuerpos que encontraba en su camino. Y el monje esperaba que él no solo despejara su camino sino todo el valle, que estaba cubierto de cadáveres. ‘¿Cómo hacerlo?’, exclamó el coronel, sabiendo que le llevaría toda la vida. Y el monje, poniéndole una mano sobre el hombro y acompañándolo a la puerta, le susurra: ‘Es que ese es tu monasterio, tu lugar de plegaria y de redención, tu propio camino’”.

Varias veces en la vida de Giovanni ese relato florecía y se encarnaba en sus sucesivos presentes, le encontraba distintos significados, lo desvelaba, lo inquietaba, pero siempre le daba fuerza para seguir en el tránsito de los escenarios existenciales.



Sus ojos se abrieron y sintió los suaves pasos de la mujer, que ahora se sentaba al borde de la cama con autoridad y le mostraba, orgullosa, el caldo que esperaba que Giovanni tomara. El pañuelo sobre la cabeza le impedía ver su rostro, y su lenguaje le hacía recordar las palabras que había escuchado en la estación de Praga. Al girar su torso, a Giovanni se le cortó la respiración. Allí, frente a él, un rostro que presumía del pasado, ¡pero de más de cincuenta años!, reconocible solo por sus grandes ojos con esa mirada intacta: firme y dulce al mismo tiempo. Luego de un instante de duda, intuitivamente, recorrió

sus propias manos y se encontró con un panorama idéntico: él también tenía el aspecto de un adulto maduro y la gravedad en su voz marcaba el paso del tiempo.

Atinó a gritar, a pedirle respuestas a esa mujer del futuro en su presente.

La ventana se abrió, dejando entrar el gélido viento invernal, y afuera pudo observar a un joven dejando atrás Les Deux Magots y dirigiéndose por la parisina *rue* Napoléon con paso ágil y enérgico.

Prefirió sentir la brisa, no buscar respuestas, solo mirar su presente.